

La epopeya de la clausura

Regresar del mundo y escribir

Christopher Domínguez Michael

François VI, duque de La Rochefoucauld nació en París en 1613. Algunos años después aparecieron La Fontaine, Molière y Pascal, los hombres del Gran Siglo quienes, precedidos por Montaigne, fundan aquella que para Borges, no habiendo sido el argentino ningún afrancesado, ha sido la más importante de todas las literaturas.

La Rochefoucauld no nació predestinado para las letras. Entregó su vida a las embajadas, a las alcobas y a las armas. Un antepasado suyo, el príncipe de Marcillac, fue jefe del partido protestante y murió en la devastadora noche de San Bartolomé. Nuestro La Rochefoucauld fue soldado en Italia y en España, y fiel seguidor de la reina madre expulsada por el cardenal Richelieu. Vida la suya transcurrida entre la luz de las espadas y la melancolía de los destierros, días de lucha contra el jansenismo y de conspiraciones entre la Fronda y el rey.

Sainte-Beuve sentenció así la aventura entera de La Rochefoucauld: “La venganza y el desprecio lo empujaron a la política más que una ambición seria: hermosos fragmentos de novela se le interponían en el camino; su vida privada y la dulce pereza lo reclamaron al final”.

Su figura registra el destino de un hombre que vuelve del mundo y dedica esos últimos años a escribir lo visto. En su juventud quedó casi ciego gracias a un mosquetón en la cara que estuvo a punto de matarlo en 1680. Se presume que amó a las señoras de La Fayette, de Sablé y de Sevigné. Escribió unas *Memorias* (1662) y las *Reflexiones o sentencias y Máximas morales* en 1665. Debe a estas su fama y de las que Voltaire dijo: “El librito fue leído con rapidez. Acostumbró a la gente a pensar y dar a sus pensamientos un giro vivo, preciso y delicado. Era un mérito que an-

tes de él, nadie había tenido en Europa, desde el renacimiento de las letras”.

Las *Máximas* de La Rochefoucauld son unos 500 epigramas o aforismos sobre el hombre y sus pasiones. Literatura de salón concebida para entretener a la aristocracia, la máxima aparece la intención mundana con la especulación trágica. Ese frágil equilibrio, advierte Roland Barthes, es la clave de la permanencia de La Rochefoucauld y de la necesidad que de él tenemos. Nunca sabremos quién fue ese hombre que vuelve de la guerra en tono epigramático.

Seleccionemos mejor, como sugiere Barthes, algunas de las *Máximas*:

5. La duración de nuestras pasiones no depende de nosotros más de lo que depende la duración de nuestra vida.

26. Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente.

68. Es difícil definir el amor. Lo que de él puede decirse es que en el alma es una pasión por reinar, en la mente es una simpatía y en el cuerpo no es más que un deseo oculto y delicado.

262. No hay pasión que se halle tan dominada por el amor a sí mismo como el amor: siempre estamos dispuestos a sacrificar el reposo de la persona a quien amamos antes que perder el nuestro.

330. Se perdona mientras se ama.

434. La fortuna y el capricho son las que dominan el mundo.

502. Los celos son el mayor de todos los males, y el que menos compasión provoca en las personas que los causan.

Regresemos a Sainte-Beuve: “Las reflexiones morales de La Rochefoucauld parecen verdaderas, exageradas y falsas según el humor del que las lee. Pueden gus-



François de La Rochefoucauld

tar a quien haya vivido su propia Fronda y haya recibido su herida en los ojos. El soltero amargado las apreciará. El hombre honesto y dichoso, el padre de familia unido a la vida por lazos prudentes podrá encontrarlas odiosas y, para aceptarlas, tendrá que interpretarlas”.

Oscuridad y lucidez. Exploraciones de la mente y del cuerpo que la vivencia sospecha pero nunca encuentra escritas. Los descubrimientos terribles, también. Escéptico y cínico a la vez que generoso y galante, el señor de La Rochefoucauld se niega a complacernos. Duda de lo divino y con la crueldad de la ironía encuentra que la condición humana yace sumergida bajo las aguas procelosas de lo mundano.

Hundirse en una tarde en las *Máximas* algo tiene de penitencia. Queda uno obligado a desnudarse y padecer culpa o escarnio. Pero después se descubre que todo ha sido un juego y el moralista salvador nos devuelve nuestras prendas junto con la pasión y su goce. Reconciliados con el amor propio. Que sea Roland Barthes quien remate ambiguamente: “sus aproximaciones pueden envejecer superadas por la historia de los hombres, pero su proyecto permanece, ese proyecto que dice —en última instancia— que el juego concierne a la muerte del sujeto”.

La Rochefoucauld es la eterna respuesta, la seducción que sufre quien ha sido herido en los ojos, quien regresa del mundo para escribir y morir. Él lo hizo en 1680. [1985] **u**